LA VANGUARDIA DIGITAL

REVISTA DEL DOMINGO (18 de febrero de 2001)

20 AÑOS DEL 23-F

ENTREVISTA a Charles Powell, historiador y autor de "España en democracia"

"Si el Rey en 1981 hubiese dicho adelante, el golpe habría triunfado"

Para Charles Powell, en el 23-F el Rey situó la Constitución por encima de la propia Corona

ANTONI BATISTA

El doctor Charles Powell, prestigioso hispanista, aborda en esta entrevista algunas de las claves del intento de golpe de Estado del 23-F, al tiempo que repasa los 25 años de democracia, tema en el que ha trabajado especialmente y que le ha valido el premio Así Fue.

-Apunta como una de las causas del golpe el malestar entre los militares por el proceso autonómico.

-Sí. Quizá lo original de mi interpretación sea que hay dos fases. Una fase de definición del nuevo sistema político, que termina con la aprobación de la Constitución en 1978. Y una fase que yo llamo de reacomodación, de 1979 a 1981, en la cual los distintos actores políticos y sectores más influyentes del país reevalúan su situación, cómo han quedado después de la aprobación de la Constitución. Los militares, que han aceptado a regañadientes la legalización del PC, o la misma aprobación de la Constitución, llegan a la conclusión de que el sistema no es satisfactorio desde su punto de vista. Y lo que más les ofende es sin duda el Estado autonómico, porque habían recibido indicaciones, garantías, de que no se llegaría a tanto. Eso es lo que más les irrita.

-Se añade una ofensiva terrorista.

-Casi todos los militares que tienen un pasado golpista han estado en algún momento destinados en el País Vasco o en Navarra y han entrado en contacto con el fenómeno terrorista. Hubo, entre los años 1977 y 1980, un aumento de la ofensiva de ETA. Mi tesis es que ETA no quiso provocar un golpe militar, puesto que sabía que un golpe militar exitoso sería peor que una democracia débil, pero están dispuestos a tensar la cuerda todo lo posible, y entre esos años mueren 300 militares.

-Cita también, en la génesis del golpe, la debilidad sancionadora del Gobierno con los militares.

-Permisividad, miedo... En mi libro hay una cierta revisión de la figura de Gutiérrez Mellado, lo que lamento porque yo sentía afecto y admiración por él, pero sinceramente creo que no estuvo muy acertado en su política de ascensos, aunque era muy difícil, como decía él, sacar fresas de un cesto de naranjas. Creo sinceramente que su política fue muy errática: por un lado, excesiva complacencia con

casos evidentes de insubordinación y, por otro lado, excesiva dureza... Era duro con los débiles y blando con los fuertes.

-Llamará la atención que cuestione a uno de los símbolos de la reacción democrática contra el 23-F.

-Claro, y quiero que quede muy claro mi respeto por la figura de Gutiérrez Mellado. Pero creo que su misma reacción de valor físico tiene algo que ver con eso, es una reacción compensatoria: Gutiérrez Mellado se da cuenta de que la situación se le ha escapado de las manos y eso explica, en parte, su valerosa reacción física ante la amenaza real de los golpistas.

-Cita usted que la embajada soviética informó al Rey de los movimientos del Ejército. ¿La inteligencia propia no sabía nada pero sí el KGB?

-No lo sé, únicamente cito una fuente de un militar que no es mía, pero creo que los servicios americanos y rusos conocían la "solución" Armada, que es a lo que se refiere ese informe, pero es que era un secreto a gritos: ya se habían publicado los artículos de "Almendros" y los contactos de los políticos eran indiscretos. Aquí hay una cuestión que no se ha estudiado a fondo, aunque Maravall lo deja caer, que es que la trama civil no son ni García Carrés ni los ultras locos...

-¿Se refiere a los miembros de UCD y del PSOE que se veían con Armada?

-Claro, esa responsabilidad no ha quedado suficientemente aclarada. No digo que sea una iniciativa de ellos, pero se dejan querer, sobre todo los críticos de UCD, que están dispuestos, como luego se vio, incluso a destruir el partido para salirse con la suya, por lo que es lógico que estuvieran dispuestos a participar en un gobierno de salvación nacional como el que iba a proponer Armada a los diputados.

-Da la sensación de que, sin Tejero y las metralletas inmiscuidos, de llevarse adelante la "solución" Armada no se habría visualizado como un golpe de Estado.

-Es posible que no. Creo que ahí hay una sorpresa, primero por parte de los propios diputados que están en la Cámara, cuando oyen los disparos, porque eso no era lo acordado, por así decirlo; se asusta el propio Armada. En el momento en el que hay el uso de fuerza, se diluye la posibilidad de que se pueda arreglar nada con una solución constitucional, y se pasa directamente al terreno del golpe.

-¿La neutralización del golpe es una responsabilidad directa del Rey? Según su libro, el protagonismo del Rey es absoluto.

-Sí, del Rey y de Sabino Fernández Campo. Sabino es el que habla personalmente con muchos capitanes generales, y Francisco Laína, que presidía el gabinete de emergencia, no hacía prácticamente nada sin consultar a la Zarzuela.

-¿Qué diría a quien aún albergue dudas sobre la postura del Rey?

-En el libro elaboro un argumento teórico sobre la legitimación retrospectiva y prospectiva, y creo que ésa es la clave del asunto. A lo largo de esos años, el Rey legitima hacia delante, prospectivamente, la monarquía, y al mismo tiempo legitima retrospectivamente la democracia. Y ese papel es por definición ambiguo, porque apoya públicamente la democracia pero nunca rompe con el pasado franquista, porque, de haberlo hecho, eso le habría invalidado a ojos de los nostálgicos del régimen anterior. Y esa ambigüedad es en cierta medida también lo que subyace al

golpe, porque si es positivo para el proceso democratizador en su conjunto, también permite que personas como Armada o Milans piensen que él estaría dispuesto a aceptar una solución no totalmente constitucional. Pero esa ambigüedad se rompe la noche del 23-F, cuando el Rey lanza su mensaje grabado, en el que por vez primera, y esto es importante, sitúa la democracia y la Constitución por encima de todo, incluso de la propia Corona. Si el Rey hubiese querido que prosperara el golpe, lo hubiese tenido fácil, porque cuando Milans y Tejero actúan, todos los capitanes generales lo primero que hacen es volver la cabeza para ver lo que hace el Rey. Si el Rey, en 1981, hubiese dicho adelante, el golpe hubiera triunfado.

-¿Y la demora en el mensaje real, sobre la que se apoyaron esas dudas?

-La idea que se suele sostener de que el Rey espera que fracase Armada en su gestión ante los diputados, antes de pronunciarse claramente contra el golpe, no se sostiene porque el Rey no impulsa la acción de Armada, y porque le habría sido mucho más fácil tomar control de la situación e impulsar el golpe desde arriba. A mí no me cabe ninguna duda del deseo del Rey, que tenía muy presente en su vida familiar el trauma de la experiencia griega. El Rey siempre supo que la continuidad de la dinastía y de la propia institución monárquica dependía de su defensa de la Constitución.

-Las dos incógnitas de estos 25 años de democracia, y con esto entramos en temas más generales, son el "elefante blanco" del 23-F y la "X" de los GAL. ¿Sabe quiénes son?

-El "elefante blanco" creo que es Armada, a pesar de lo que se dijo del general De Santiago y otros. Y sobre la "X" de los GAL no puedo pronunciarme porque no tengo los datos. Desde luego, ahí están las sentencias de los juicios y es evidente que desde Interior se ampara e impulsan las actuaciones ilegales. Pero no sabemos hasta qué punto Barrionuevo y Corcuera actuaron con la connivencia de sus superiores.

-¿De quién es el protagonismo de la transición, de la oposición democrática, de los franquistas que se reciclaron o del Rey?

-Yo creo que ésta es una transición iniciada claramente desde arriba, desde aquellos que están en el poder, lo cual no significa que, de no haber existido esa presión desde abajo, como la llama Maravall, el ansia de iniciar el cambio desde arriba hubiera sido menor. Al final lo que hay es equilibrio. La reforma política plasma esa relación entre ambos esfuerzos. Pero me temo, aunque no sea popular decirlo, que hubo una enorme pasividad por amplias capas de la sociedad española, fruto del temor, del conformismo, de la aprensión, de décadas de represión y desmovilización...

-¿Había que haber depurado los cuerpos y fuerzas de seguridad ?

-Últimamente hay una creciente nostalgia rupturista, la idea de que, de haberse producido una ruptura democrática radical con el pasado, la calidad del sistema democrático actual sería mayor. Mi argumento en el libro es que, incluso en los países en los que ha habido ruptura democrática, las nuevas autoridades han descubierto que es muy difícil efectuar purgas a gran escala. Básicamente porque eso puede poner en entredicho la propia continuidad del Estado, algo que en momentos de transición los nuevos gobernantes democráticos no se pueden permitir. Toda transición tiene que basarse en algún tipo de pacto, y eso no es ni denigrante ni contamina la calidad democrática resultante.

-A veces en la periferia pensamos que tenemos un cierto protagonismo en la historia de España. Pero luego leemos libros como el suyo y parece que no pintamos tanto.

-En el aspecto metodológico y teórico es un problema. Yo he intentado que Cataluña y el País Vasco estén en el libro, y están, pero también he tenido la sensación de que un gallego o un andaluz o un canario, al leer ese libro, es posible que tengan la sensación de que es muy madrileño. Intento contrarrestar eso y seguramente he fracasado, porque es difícil escribir la historia de una nación de naciones, incorporar dinámicas tan distintas como la catalana y la vasca. Pero he intentado incorporar eso.

-Valora mucho, en su libro, la operación Tarradellas, que surgió cuando en Cataluña había una mayoría parlamentaria de izquierdas. ¿No fue la gran opción de la derecha para evitar que el Partido Socialista llegara a la Generalitat?

-Paradójicamente, la operación Tarradellas, que se defendió desde Madrid, efectivamente, para evitar que el PSUC y el PSC gobernaran la autonomía catalana, ha sido, desde las elecciones de 1980, tremendamente contraproducente desde una perspectiva no nacionalista, porque Tarradellas no tenía partido propio y no iba a poder capitalizar su presidencia, y al final quien la capitaliza es Pujol. Sostengo en el libro que hubo un temor al rupturismo. Si Pujol hubiese sido más fuerte después de las primeras elecciones de 1977, el resultado habría sido muy distinto, porque es precisamente la fuerza de la izquierda la que asusta al Gobierno de Suárez y le obliga en cierta medida a recurrir a Tarradellas. Paradójicamente, eso es lo que garantiza veinte años de hegemonía nacionalista en Cataluña, un resultado distinto al inicialmente previsto.

-Se detecta en su libro un problema vasco al margen de ETA. Euskadi chirría en la historia de la transición, desde ese exiguo 31% que votó sí a la Constitución hasta Estella, pasando por el abandono del PNV de Garaikoetxea del Congreso. ¿No acaban de estar cómodos en la España que se ha diseñado?

-No ha habido nunca un consenso básico en la sociedad vasca, como sí lo hubo en Cataluña, primero, en relación con su propia identidad, y segundo, en relación con su anclaje en el Estado español: han faltado esas dos cosas, y no digo que en Cataluña haya habido un consenso absoluto, pero el pluralismo de la sociedad catalana convive con absoluta naturalidad. Una de mis tesis es que en parte eso se debe a la fortaleza de la identidad catalana, que contrasta con la debilidad de la identidad vasca, lo que está relacionado con la pujanza mayor del idioma y de la cultura catalana en relación con el idioma y la cultura vasca. La sociedad vasca ha tenido gravísimos problemas de identidad internos, sobre los que no ha existido un consenso básico, ni en los años treinta ni en los setenta, y hasta que se solucione ese problema difícilmente se va a poder revolver el problema más general del encaje que pueda tener el País Vasco dentro del Estado. El problema vasco son dos problemas: cómo encajar una nacionalidad histórica dentro del conjunto español, y un conflicto civil, latente y explícito, porque tiene la vertiente de la violencia.

-Al final del libro habla de un proceso, a partir de la mayoría del PP, de refundación de España. ¿No hay una visión de España desde la centralidad, sin pensar que puede haber otra desde la periferia? En Cataluña, de Maragall a Espriu llamaron la atención sobre esa visión de una España distinta de la castellana.

-Es posible, no descarto eso. El problema es que el Estado de las autonomías es un modelo muy peculiar. Estoy de acuerdo con los constitucionalistas catalanes, que dicen que aquí no hay cultura política federal, ni es una sociedad federal, ni hay partidos políticos realmente federales. Y entiendo la frustración que generó la Loapa

en su día, la que pudo generar el pacto de 1992, y la desconfianza y el recelo mutuo que esto ha podido suscitar. El problema es que desde la periferia, por usar ese término, se tiene que comprender también que, dada la naturaleza dinámica del sistema autonómico, todo gobierno central, casi por definición, se ve obligado a hacer una defensa un tanto rígida del marco institucional, porque en el fondo es un marco institucional endeble que sigue planteando muchísimas preguntas. Y hay otro problema. Cuando desde Madrid se ha planteado la reforma y la profundización del sistema autonómico, eso ha parecido entrar en conflicto con ciertas concepciones que existen en Cataluña y en el País Vasco de ese propio Estado autonómico.

-¿El mayor gazapo de estos años de democracia han sido los GAL?

-Sí, ha sido el gran escándalo, perfectamente evitable y lamentable por sus consecuencias políticas, por toda la generación de etarras y de su entorno que pudo justificar su existencia y su acción al hecho de que el propio Estado estuviera participando en la "guerra sucia". Los GAL son la página más negra de estos años, mucho más que una financiación ilegal de los partidos políticos, que también ha sido consustancial a la Europa de los ochenta y noventa.